

Aguas aéreas Iban oscuros...

David Huerta

Para Luis Vicente de Aguinaga

La Dedicatoria “A Leopoldo Lugones” de *El hacedor* (1960), de Jorge Luis Borges, podría resumirse bárbaramente de la siguiente manera: un escritor imagina llevarle un libro suyo a un venerado maestro, ya muerto; en la fantasía, el viejo acepta y aprueba la obra del joven discípulo. Eso sería todo; pero hay más, muchísimo más en esas breves páginas; o así me parece.

La Dedicatoria es un paratexto; es decir: una de las partes “exteriores” al libro, como el título, los epígrafes, las notas al pie de página y otros elementos textuales; el comienzo del libro propiamente dicho es el breve texto homérico titulado precisamente “El hacedor”. La Dedicatoria está, así, en cierto modo, fuera de la obra. Así lo indica toda una larga tradición de este tipo de homenajes; yo no lo creo, por razones expuestas más adelante: para mí, esa Dedicatoria no es un homenaje; tampoco es un ataque ambiguo a la memoria de Lugones o una disminución o reprobación de su obra. Es algo mucho más complicado: es el momento de liberación total de Borges.

La doxa literaria afirma: “A Leopoldo Lugones” no tiene ninguna relación directa con el libro titulado *El hacedor* ni con sus partes: está fuera de los textos constitutivos de *El hacedor* y nada lo une a ellos. A eso se refiere el término “paratexto”. Pienso lo siguiente: la relación de la Dedicatoria con los textos de *El hacedor* está en clave, está cifrada. El secreto encerrado en esas dos páginas está a la vista pero es semejante a la carta robada de Edgar Poe; trataré de acercarme a las llaves, de allegármelas, para abrir esa especie de cofre. Para ello, hago una recapitulación de ese texto, un poco más allá de la sinopsis “bárbara” del primer párrafo de este ejercicio de comentario.

Alguien llamado “Jorge Luis Borges” camina por una plaza rumorosa de la ciudad de Buenos Aires. Dirige sus pasos a un edificio singular: una construcción más bien grande, por sus funciones y por su historia. El texto comienza: “Los rumores de la plaza quedan atrás y entro en la Biblioteca”. Es decir, el paseante Borges ha cruzado un umbral.

En términos espaciales, este umbral es un sitio crepuscular: un ámbito entre los sonidos de la plaza y el silencio concentrado de la Biblioteca. Ahí están los libros, esa especie de Paraíso —como dirá Borges en el “Poema de los dones”—, en su multitud insondable: “De una manera casi física siento la gravitación de los libros, el ámbito sereno de un orden, el tiempo disecado y conservado mágicamente”.

Borges ha entrado en el reino de los libros, en el cual el tiempo se preserva de un modo maravilloso e inexplicable. En todo ello hay orden, una jerarquía semejante a la de los museos naturales: los libros son criaturas *disecadas*, conservadas en los estantes populosos como en un mágico almacén consagrado a la memoria.

Borges camina entre los lectores callados. Aparece entonces el diminuto y vertiginoso “desfile de las hipálages”, como lo llamo en mi fuero interno de lector fiel, después de un trato de más de medio siglo con el texto: “A izquierda y a derecha, absorbidos en su lúcido sueño, se perfilan los rostros momentáneos de los lectores, a la luz de las lámparas estudiosas, como en la hipálage de Milton”.

La “hipálage de Milton” se refiere a otras lámparas; unas luminarias trascendentales y divinas: las estrellas del firmamento, del cielo astronómico, fabricación suprema de Dios. Las estrellas, dice John Milton, son

“*bright officious Lamps*”, es decir, en la traducción de Bel Atreides, “atentas lámparas brillantes” (*Paraíso perdido*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2005).

Lámparas atentas, lámparas estudiosas. El significado de la palabra “*officious*” puede discutirse, si se quiere, así como su traducción exacta o aproximada. En un sentido, esa atención es algo semejante a la obsequiosidad: una persona atenta puede serlo en exceso y convertirse, por esa vía, en una persona cargante, descripción no muy halagadora, en español, de ciertas conductas, donde los obsequiosos no quedan lejos de los “serviles”. Comoquiera, esa atención —al servir, al vigilar— evoca en Borges la concentración de los lectores al estudiar en medio del silencio de la Biblioteca. La localización de esta hipálage de John Milton se debe al poeta chileno Óscar Hahn. Se sabe de la devoción miltoniana, o miltonófila, de Borges.

Hipálage: figura poética consistente en desplazar y trocar los atributos de seres, fenómenos, presencias. Como le resulta evidente a la mirada realista, las lámparas de la Biblioteca no estudian, no son estudiosas; los estudiosos son los lectores, quienes bajo esa luz adquieren conocimientos y gozan de la letra impresa. Los atributos se han trocado: la lectura estudiosa sólo es posible si se tiene luz para leer y esa luz la dan las lámparas —son “lámparas estudiosas”. Así también las estrellas de Milton en el pasaje citado, correspondiente al verso 104 del Libro IX del gran poema inglés del siglo XVII. Las hipálages de Borges y de Milton —poetas ciegos y conocedores minuciosos de la luz, como Homero— comportan asimismo, cada una de ellas, una prosopopeya, pero la noticia o disertacioncita sobre esa otra figura quedará para otro momen-



John Milton



Jorge Luis Borges

to. Quede aquí este comentario: las hipálages son metáforas complejas, de segundo grado. Las de Borges y Milton son semejantes: metáforas luminiscentes de poetas ciegos.

El desfile de las hipálages no ha concluido. Avanza, irresistiblemente, hacia su final apoteósico. Borges se refiere a la hipálage en general y de inmediato particulariza, en vista de la dirección de su caminata dentro de la Biblioteca: “Recuerdo haber recordado ya esa figura, en este lugar, y después aquel otro epíteto que también define el contorno, el *árido camello* del Lunario...”.

El “Lunario” es, por supuesto, el *Lunario sentimental*, libro de poemas de Leopoldo Lugones publicado cuando Borges tenía diez años de edad, en 1909. Quizá lo leyó entonces. Lugones hacía figura de patriarca en el ámbito nacional y en la familia misma de los Borges Acevedo. La hipálage sobre el “árido camello” es perfecta, desde luego. Pero la cuarta y última de las hipálages de “A Leopoldo Lugones” lo complica y lo eleva y lo sublima todo. Recapitulo y prosigo:

Recuerdo haber recordado ya esa figura, en este lugar, y después aquel otro epíteto que también define el contorno, el *árido camello* del Lunario, y después aquel hexámetro de la Eneida, que maneja y supera el mismo artificio:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbras.

Dejo a mis amigos latinistas la discusión gramatical, filológica e histórico-literaria, sobre la voz *umbras*—por cierto, la última del poema virgiliano— y su pariente *umbram*. Los curiosos pueden ver

cómo Borges imita en esta forma de citar a Virgilio, a Beda el Venerable, quien hace la misma cita, con la misma divergencia respecto del texto canónico. No explico más, pues no son mis terrenos, mero lector virgiliano de a pie como soy.

La visita a la Biblioteca continúa con el término de la caminata, ante el lugar de trabajo de Leopoldo Lugones: “Estas reflexiones me dejan en la puerta de su despacho. Entro; cambiamos unas cuantas convencionales y cordiales palabras y le doy este libro”. Ese libro es *El hacedor*. Luego viene el entramado de lo afectivo y lo literario: “Si no me engaño, usted no me malquería, Lugones, y le hubiera gustado que le gustara algún trabajo mío. Ello no ocurrió nunca, pero esta vez usted vuelve las páginas y lee con aprobación algún verso, acaso porque en él ha reconocido su propia voz, acaso porque la práctica deficiente le importa menos que la sana teoría”.

Borges ha cruzado dos umbrales: el primero, el de la Biblioteca, al dejar la plaza rumorosa detrás; el segundo, el de la sala de lectura y el despacho de Lugones. A la mitad de esa breve caminata, Borges cita el hexámetro de Virgilio, proveniente del Libro Sexto de la Eneida. La cita virgiliana parece haberse originado en las hipálages evocadas, del propio Borges, de Milton y de Lugones; pero no es así: la hipálage virgiliana de ese hexámetro es la clave evidente y misteriosa de todo esto. Con ella en la mente—como Eneas y la Sibila con la Rama Dorada, el muérdago de la tradición, en la mano—, Borges da el último paso para entrar en un ámbito ultramundano *para encontrarse con un muerto*. El sueño de Borges se deshace “en este punto, como el agua en el agua”: “La vasta biblioteca que me

rodea está en la calle México, no en la calle Rodríguez Peña, y usted, Lugones, se mató a principios del treinta y ocho”.

Es decir: Borges ha estado hablando con un muerto, como Eneas en el inframundo. En las bibliotecas francesas, me cuenta un amigo muy querido y admirado, hay un lugar llamado *enfer*: el sitio donde se juntan los libros prohibidos, sala vedada al común de los lectores; el dato es precioso: pone en una perspectiva ultramundana el paraíso libresco, bibliotecario, precisamente como en la conjetura de la Dedicatoria de *El hacedor*. La Biblioteca toda y en particular el despacho de Lugones son como antros del otro mundo, pues en ellos se atestigua la presencia de los lectores en quevediana conversación con muchos difuntos, por un lado; por el otro, la presencia activa de un muerto en la fantasía *vanidosa y nostálgica* de Jorge Luis Borges.

La Dedicatoria concluye: “Mi vanidad y mi nostalgia han armado una escena imposible. Así será (me digo) pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos y la cronología se perderá en un orbe de símbolos y de algún modo será justo afirmar que yo le he traído este libro y que usted lo ha aceptado”.

Uno de los símbolos del orbe borgesiano es la Dedicatoria a Leopoldo Lugones del libro *El hacedor*, fechada en la ciudad de Buenos Aires el 9 de agosto de 1960. En ese símbolo está encerrada la clave de la ruptura de Borges con su pasado literario, encarnado fantasmalmente por el poeta Lugones.

El hacedor es el libro misceláneo deseado por Borges. Es como si este dijera, con un tono a la vez tranquilo y desafiante: “Teoría sana hay en estas páginas y una práctica solamente mía, no deudora y, sobre todo, no dependiente de mis maestros; práctica deficiente será, pero es mi manera de *hacer* y de entender la literatura”. **U**

Nota: En el título del libro borgesiano de 1960, la palabra “hacedor” va con minúscula inicial (yo poseo la reimpresión de 1967, formalmente idéntica, creo); pero en la edición del texto epónimo, en la revista *La Biblioteca* (tomo IX; segunda época; número 3; 1958), dirigida por Borges, esa misma palabra está con mayúscula inicial: *Hacedor*. Prefiero atenerme a la grafía del libro: Borges no “diviniza” a Homero; este es un poeta ciego, un hombre como todos. Debo las precisiones bibliohemerográficas de esta nota al investigador Antonio Cajero, del Colegio de San Luis, cuyo trabajo filológico sobre *Fervor de Buenos Aires*—de hermoso título: *Palimpsestos del joven Borges*—me parece admirable.